la otra guerra y para liquidarla de las filas obreras se fundó la III Internacional. Desgraciadamente ésta se ha corrompido tanto y más que la Segunda. Como su nombre lo indica, la unidad nacional tiene por base la nación; mete en el mismo saco al obrero y al patrón; al terrateniente y al peón, aparcero o rabassaire; al filofascista, republicano conservador, monárquico, y al comunista o anarquista. Las clases no existen para la unidad nacional. Su objeto es transformar la lucha de clases en colaboración de las mismas. Por eso precisamente la unidad nacional es una traición a los intereses de las clases pobres y de la revolución. "Los obreros no tienen patria" —dijo Marx—, porque la nación no es otra cosa (hasta que el proletariado tome el poder) que la organización social de los ricos, cualquiera que sea su género de explotación o su sistema político. Propagar pues la idea de la unidad nacional, como hacen los stalinistas, aceptan tácitamente los socialistas y toleran en una parte de sus dirigentes los anarquistas, es propagar la sumisión de los explotados a los explotadores; no hay salida para la revolución por ese camino.

Se conocen múltiples ejemplos de unidad nacional, todos con resultados nefastos. No citaremos mas que los importantes, donde la unidad nacional condujo al fracaso de movimientos revolucionarios de gran envergadura, dando el triunfo a la reacción. En China, en nombre de una revolución burguesa imposible, el stalinismo disolvió el Partido comunista en el Kuo-mintang, partido burgués. El resultado fué una victoria fácil de Chiang-kai-chek, jefe del mismo, y las represiones feroces de Cantón y Shanghay. El Frente de Hierro, que en Alemania trató de detener a Hitler mediante una coalición gubernamental de la burguesía liberal y los socialistas, condujo a una victoria del fascismo, sin lucha. El stalinismo no participó en esa unidad nacional, pero tampoco trató de romperla prácticando una política de frente único proletario. Precipitáronse después los Frentes Populares, una clase de unidad nacional diez centímetros a la izquierda de la que hoy propone el stalinismo. En Francia, el Frente Popular, integrado por los radicales, socialistas y stalinistas ("¡Daladier al poder!"—gritaban éstos), quebrantó la ofensiva revolucionaria de 1936, favoreciendo con todo su peso a las doscientas familias. La revolución española perdió su mejor aliado desde el momento en que stalinistas y socialistas hicieron desalojar a los trabajadores las fábricas que habían ocupado. Petain es la última consecuencia de esa política. ¿Y que otra cosa sino unidad nacional fué nuestro Frente Popular español, que inauguró su existencia permitiendo la sublevación militar y expiró dándole el triunfo? La unidad nacional o política de colaboración de clases, no puede ser nunca un arma efectiva contra la reacción. Se propone el apaciguamiento, no la batalla. Más como los intereses constituídos son los de la burguesía y los descontentos obreros y campesinos, el apaciguamiento es un desarme de las fuerzas revolucionarias. Desarmes de ésta naturaleza, efectuados por unidades nacionales de diverso nombre, han sido en todas partes condición previa del triunfo fascista.

Pero nuestros ultrapatriotas y amadísimos líderes stalinistas no han deducido su nueva consigna de las condiciones sociales de España. La han deducido de los intereses del imperialismo anglo-americano, adaptados a los de la burocracia soviética. "Ved como nosotros, revolucionarios que calumniosamente se nos cree, seríamos mejores defensores de vuestros intereses en España, que Franco", —quieren decir a los millonarios de la City y Wall Street. Y para las masas se habla de democracia, induciéndolas a creer que un triunfo anglo-aremicano restablecería la república. En realidad los portavoces oficiales de Londres y Washington no tienen sino consideraciones para el "caudillo", cuya amistad se esfuerzan en ganar. Ni la conferencia del Atlántico, ni el Pacto de los veintiuno en Washington tomaron resoluciones inducentes a creer en el restablecimiento de la democracia burguesa en los países totalitarios. Polonia y Grecia, firmantes, son tan totalitarias como Alemania e Italia. Recuérdese que de Gaulle no fué admitido entre los ventiuno, lo que prueba que interesa más Petain. Y nuestros mendigos ministeriales españoles, tan profusamente surgidos desde los repúblicanos hasta los stalinistas (sin olvidar a algún que otro anarquista que acaba de descubrir la revolución rusa cuando Stalin trata de estrangularla con ambas manos) esperaron paciente e inutilmente a la puerta. Será en balde todo el servilismo de los señores de la unidad nacional. La burguesía anglo-americana no les dice sí ni no, porque puede necesitar sus servicios si las masas se tornan levantiscas; pero confiará siempre mucho mas en Franco que en criados despedidos como son los mendigos ministeriales.

No hay ninguna incompatibilidad fundamental entre la dictadura falangista y los gobernantes llamados democráticos. La neutralidad formal, si no cabal, que Franco ha observado hasta ahora, está determinada tanto por el universal descontento interior como por la necesidad de reservarse un margen mínimo de maniobra que le permita recabar para su dictadura el apoyo de los imperialismos democráticos. Y éstos se lo otorgarán con tal que no de paso a las tropas de Hitler por la península. La unidad nacional stalinista está quebrada de antemano.

Sus animadores no han podido decir en apoyo de la misma nada capaz de atraer a las masas y animarlas del corage necesario para la lucha. En el fondo confían mas en Queipo de Llano y en Don Jaime de Borbón que en las masas. Las cartas procedentes de la península (ver "España Popular") plañendo por la unidad en general, especulan con el deseo de unidad en el ataque —el que es justo y revolucionario—, transformándolo en unidad con la bruguesía— lo que es una traición. Además la mayoría de esas cartas están escritas en México. Si el stalinismo cambiara de línea, a los ocho días empezaría a publicar otras cartas en las que el "pueblo español" plañería igualmente por la nueva consigna. De lo que se escribe en "España Popular" apenas se puede creer la fecha.

Como panacea y término de su unidad, los stalinistas han establecido la República del 14 de Abril y la Constitución de 1931. Algo como para sublevar un entusiasmo delirante en Casas Viejas, Arnedo, Villa Donfadrique, Alto Llobregat, Villanueva de la Serena, Barcelona, Madrid, Asturias, etc. Y los recuerdos de estas carnicerías locales, palidecen ante los crímenes de la conspiración franquista, posible gracias a la misma constitución y al gobierno del Frente Popular que la administraba. Con la constitución en una mano y la pistola en la otra, el Gobierno Negrín — José Díaz arrebató una a una todas las conquistas obreras de Julio, reprimió ferozmente a los sublevados de Mayo, encarceló a los revolucionarios, dió mano libre a la G. P. U., asesinó a no pocos líderes obreros, perdió la guerra a fuerza de luchar mas contra las masas que contra Franco, y preparó el golpe de estado de Casado.

No; el proletariado no puede limitar su acción a traer y consolidar una república que solo represión le dió y solo represión le dará, de llegar a constituirse otra vez. Si le interesa la república, no es como término de su acción sino como paso obligado para continuar la marcha hacia la revolución social. Históricamente, la democracia burguesa ha perecido ya. Dentro de las relaciones sociales burguesas actuales, no hay lugar para ella. Bajo la presión de las masas se establecerán regímenes democráticos por concesión forzada. Pero tendrán una existencia efímera, solo el tiempo necesario para que la lucha de clases decida si han de ser precipitados en el barranco de la historia por la revolución